



Colmillos

Jacobo Feijóo
Martín Rodríguez

El caso del
maleficio pirata



TINTA

Una invitación



En aquella ocasión me despertaron los ruidos en el laboratorio de **Lazlo**. **Bum, plas, ríec, ríec, cronch.**

Abrí los ojos con mucho esfuerzo. Estaba al revés: tenía los pies donde debía estar mi cabeza. Vamos, que yo estaba dada la vuelta en mi ataúd. Como ya sabes, los vampiros dormimos en ataúdes, pero lo que los *convencionales* como tú desconocéis es que por dentro son acolchados y mullidos. De hecho, si cierras la tapa, casi no entran los ruidos ni la luz y se duerme fenomenal, de lo más calentito.

Me levanté como pude. Aquella noche había tenido pesadillas. Había soñado que el *influencer* que me gustaba, **Massi Modutti**, descubría que yo era una vampira. Entonces me llevaban con una persona muy vieja y muy sabia que me explicaba el motivo por el cual yo era una vampira y por qué no podía salir ni en los vídeos ni en las fotos de mis redes sociales. Todo muy confuso y lioso.



Estaba tan dormida que fui tambaleándome y tropezando con todo lo que se cruzaba en mi camino. Al fondo se seguía oyendo ruido en el laboratorio de mi amigo el científico (**bum, Kiee, Kiee, schiff, griiee, griiee**) y, tras servirme un Sangrecacao con cereales de calabaza y un zumo de lombriz, fui a ver qué pasaba.

Debo reconocer que lo que vi me sorprendió y me dejó sin palabras.

Ante mí estaba mi mascota, **Chong Duy**, con una especie de cacerola llena de cables en la cabeza. Obviamente, no le hacía ninguna gracia. Esa especie de cacerola se enchufaba a una máquina y Lazlo, mi amigo, miraba una pantalla de ordenador incrustada en ella. El resto del laboratorio estaba lleno de cachivaches.

–¿Qué hacéis? –pregunté, intrigada.

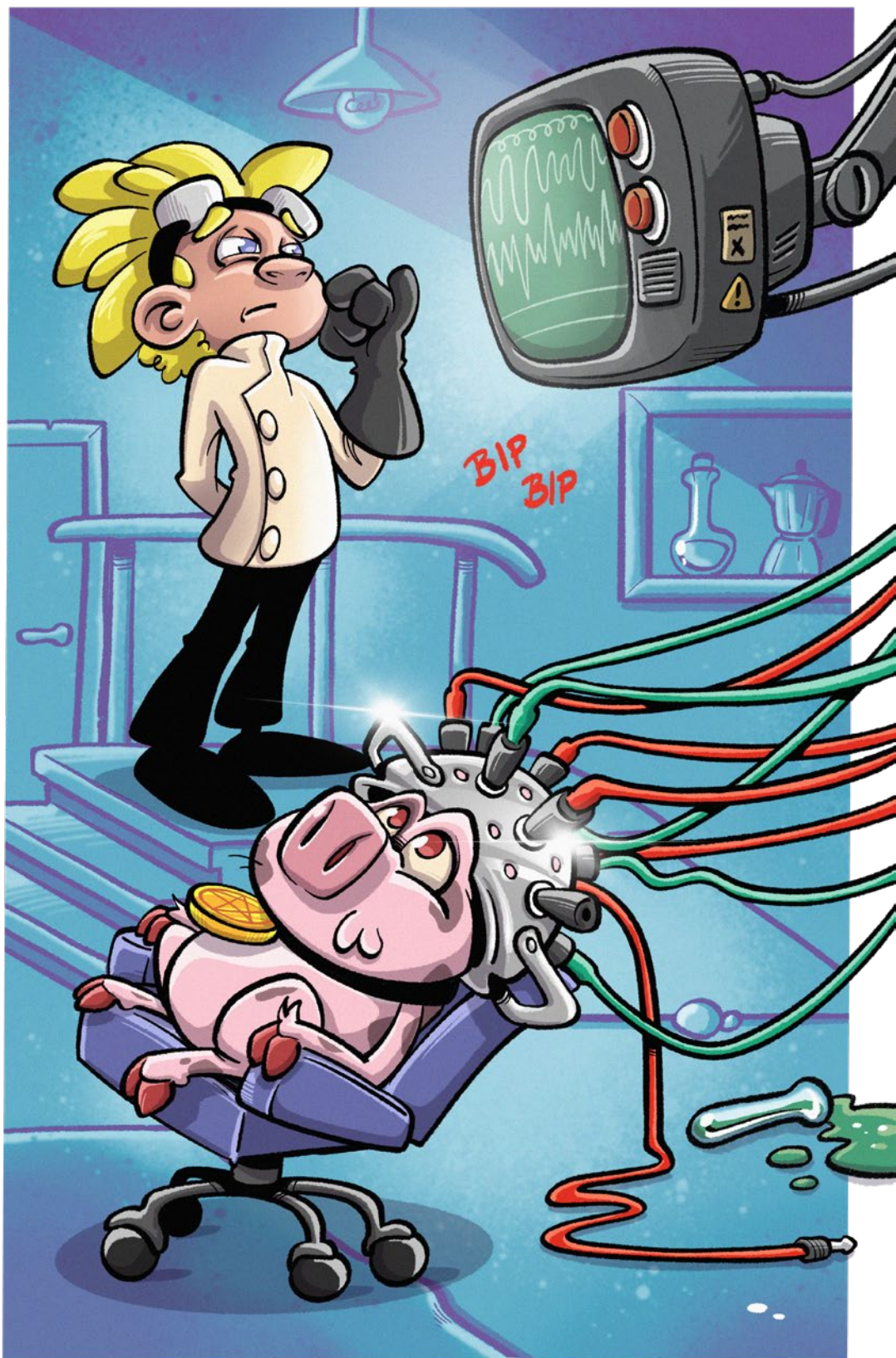
–Mido los cinco tipos de ondas cerebrales de Chong Duy –explicó Lazlo–. Ya tengo definidas las delta, las zeta y las alfa, pero no acabo de fijar las beta ni las gamma.

Chong Duy me miró con ojos que suplicaban ayuda urgente. Quería salir de ahí como fuese.

Le di un sorbo a mi Sangrecacao y emití un suave y educado carraspeo:

–Ejem, uhh..., ejem... ¿Y para qué haces eso, Lazlo? Por curiosidad, más que nada... Igual Chong Duy quiere descansar un rato –comenté, y le guiñé un ojo a mi cerdo vietnamita.





–Ahora lo verás –remató Lazlo girando un dial (**creec creec**) y moviendo una cadena transmisora (**suiss suiss**)–. Solo falta darle a este botón y...

¡Pardiez! Del altavoz de la máquina salieron unas palabras que parecían dichas por un robot, al mismo tiempo que en la pantalla se leía un texto:

–Eso es... –dije, casi sin palabras.

–El pensamiento de Chong Duy –afirmó Lazlo agitando la cabeza y cerrando los ojos, con cara de científico muy serio–. Decodificando sus ondas cerebrales podemos leer su pensamiento. Esto se debe a la inferencia que tales ondas producen en los campos del cerebro relacionados con el lenguaje y...

Por suerte sonó el timbre en ese momento, porque nunca entendía nada de lo que Lazlo me explicaba. Si sonaba el timbre en nuestra *Agencia Mortis Causae* es que un nuevo caso llamaba a nuestras puertas.

Me fui hasta la entrada arrastrando un poco los pies mientras Chong Duy aprovechaba el descuido para quitarse toda esa cacharrería de encima. Abrí la puerta y ante mí estaba **el Pinos**:



–*Carmilla, Carmilla...*, ¡no sabes lo que me ha pasado!
Le di otro sorbo a mi taza (recuerdo de Cisnelandia)
y esperé a escucharle, porque ya me conocía la forma
de hablar sin parar del Piños y, además, aún estaba un
poco *sobada*.

–¿Recuerdas a mi amiga *Valería Esto Es una Miseria?*

–Ni idea –se me adelantó Lazlo.

–Es una *influencer* muy conocida –le expliqué a mi
amigo–. Hace reseñas de los vídeos de otros *influencers*
y da consejos. Cuando un vídeo es muy malo, dice «¡Esto
es una miseria!».

–¡Esa! –intervino el Piños–. Pues ha organizado una...

¡CONVENCIÓN DE
'INFLUENCERS'!



¡Gasp! No se me salió el corazón por la boca porque
las vampiras estamos muertas y no nos late, pero el
susto que me llevé de la impresión fue... uff. Ya sabía
lo que el Piños iba a decirme a continuación.

–¡Sé que me has leído el pensamiento! –dijo el Piños
mientras Lazlo se apresuraba a sacar su bloc de notas
por si eso le valía para mejorar su máquina–. ¡Te han
invitado y vengo a decírtelo! Será esta misma tarde, en
el pabellón municipal de *Necrontia*.

Chong Duy comenzó a mover su rabo retorcido en
señal de que le apetecía mucho y se rascó en el cuello
con la pata de atrás, y Lazlo me puso su mejor sonrisa
(forzada, porque le cuesta sonreír, que el chico es muy
serio) y ojitos de que le hacía ilusión. Estaba atrapada:
no iba a poder librarme.

–Bueno, eeh... –balbuceé.

–¡Sabía que aceptarías! –zanjó el Piños sin darme
tiempo a nada–. ¡Voy corriendo a contárselo a alguien!

El Piños dio media vuelta y, levantando los brazos,
se fue corriendo en dirección a la casa de *Raga, la Maga
Vaga*, mientras gritaba: «Raga, ¡no sabes lo que me ha
pasado!».

–¡Aish! –suspiré.

Esas cosas solo me ocurrían a mí. Ya estaba en otro
de mis líos. Aunque tenía miles de seguidores en redes
sociales, no podía salir en los vídeos ni en las fotos por-

que era una vampira. Yo decía que era para proteger mi privacidad de la gente mala, pero había momentos en los que no era tan sencillo disimular y se notaba que pasaba algo raro. Esa vez no me iba a librar. Tenía que ir para que mis seguidores viesen que yo era real. Había llegado el momento de la verdad.

Mi teléfono zumbó e interrumpió mi congoja, y miré de refilón quién me había enviado un mensaje. Mi no-corazón casi me dio otro vuelco: ¡era Massi Modutti, el *influencer* que tanto me gustaba!



Me acaba de decir Raga que vienes a la convención. Se lo ha dicho el Piños hace un momento. Por fin nos conoceremos. ¡Me muero de ganas!

¡Ay, madre mía! En Necrontia las noticias corrían rápido, por lo visto.

Al leer ese mensaje me entró como un miedo raro y un cosquilleo de nervios en la barriga. ¡Iba a encontrarme con Massi! ¿Qué pensaría al descubrir que yo era una vampira? ¿Le causaría rechazo? ¿Escaparía de mí al averiguarlo?

Tragué saliva para decirles a mis amigos que me lo había pensado mejor, cuando se plantaron los dos

ante mí. Ambos se habían puesto muy guapos, de esmoquin y pajarita, y llevaban el pelo más que repeinado. Vestían de gala total.

Viéndolos así, me quedaba claro que ya no podía negarme. ¡Se morían de ganas por ir! Les hubiese dado un disgusto enorme y no era plan.

–Aish... –resoplé, agarrando mi taza, mientras Chong Duy se frotaba un poco el cuello del esmoquin, que le rozaba.

